

Este dolor sin nombre

R. M. Ibáñez

Alguna vez había pensado como sería perderte, y el dolor me había mordido sólo con imaginarlo. Y ahora ha sucedido. Nada te prepara para esto. Nada.

Ninguna madre debería sobrevivir a su hijo.

Duele. Duele. Duele.

Duele más de lo que nada me ha dolido nunca. Jadeo como si el aire se negara a entrar en mis pulmones y, a ratos, siento tal agujero en medio del cuerpo que tengo que tocarme para verificar que no he perdido un trozo de mi propia carne. Es un dolor tan físico como si me hubieran cortado un brazo.

Te has ido, no me lo puedo creer.

Siempre piensas que puede pasar, todas las madres abordamos el fantasma de que a nuestro hijo le pueda pasar algo, un accidente, una enfermedad, pero en el fondo nunca lo creemos, la realidad cotidiana te reafirma en que no pasa nada, en que no va a pasar nada. Yo lo pensaba sobre todo cuando te veía de pequeñito en tu cuna, tan indefenso, dormido. Recuerdo que te miraba y eras tan hermoso que me podía quedar horas embobada estudiando tu respiración tranquila, tu piel tersa y tus mejillas rosas de sueño. Entonces era

cuando me asaltaba el pensamiento de que eras tan perfecto que no podías durar. No sólo de bebé, cuando creciste también. Siempre fuiste un niño bueno, siempre alegre, siempre responsable, trabajador... no puedo creer que te hayas ido. Dejarme sola es sin duda lo peor que has hecho en tu vida.

Ninguna madre debería sobrevivir a su hijo, es antinatural.

Me siento egoísta. Como eras tan mío soy yo misma la que me duelo. Es como si me hubiera quedado sin futuro de repente, como si me hubieran robado los cuarenta o cincuenta años más que deberías haber vivido aquí. Como si me hubieran robado todo lo que podía sucederte, todas tus esperanzas, tus ilusiones, todo el trabajo y la recompensa a tu esfuerzo. Me han robado compartir tu vida como me correspondía como madre, las conversaciones, las alegrías, los paseos, las risas, las lágrimas, las novedades, los fracasos.

¡Pero si apenas has podido vivirla tú, hijo mío! ¡Hacia tan poco que te habías ido de casa! Cuando se nos van los hijos, las madres lo percibimos como una pequeña traición: su propia vida tiene para ellos más atracción que la que viven contigo. Ahí ya te mueres un poco, la verdad. Te dejan. Y cuando eres viuda y te quedas sola con la casa vacía, es desolador. Tienen que vivir su vida, te dices. Y levantas la cabeza con orgullo viendo cómo salen a comerse el mundo, cómo trabajan, cómo pelean. Sí, la levantas con orgullo aunque ya desayunes siempre sola, aunque sepas que ya siempre desayunarás sola, aunque la leche y el pan te sepan a soledad amarga. Menos mal que estaba ahí mi hermana, que venía un día sí y otro también a charlar conmigo y nos quedábamos juntas por las tardes, cosiendo y comiendo naranjas en el jardín, cuando vivíamos allá en el pueblo. Sus hijos también se le iban. Era la edad, era el momento, decíamos; la edad y el momento de los hijos de comenzar su vida sin nosotras; y nuestra edad y nuestro momento de encontrarnos con otra vida distinta sin ellos. Aunque para ella el cambio no fue tan brusco, tenía a

su marido y a otros hijos e hijas menores con los que desayunar. Pero yo no, yo sólo te tenía a ti.

Sí, cuando se van los hijos lo vives como una traición. Pequeña, pero también duele.

Y ahora has muerto. ¡Dios mío, eso sí que duele!

¿Por qué no habré muerto yo antes que tú? Eso hubiera sido lo normal. Lo normal hubiera sido llegar a la vejez con mi esposo al lado, y haberte visto vivir tu vida desde la distancia, acompañada, hasta que nos hubiéramos ido los dos tal vez ancianos. Pero en cualquier caso, antes que tú.

Te tuve muy joven.

Me quedé viuda demasiado joven.

Y ahora esto, demasiado joven también. “Esto”. “Esto” es este dolor que no tiene nombre. Cuando muere un hombre, deja viuda, deja huérfanos. Pero a su madre ¿cómo la deja? Es tan terrible el dolor que nadie se ha atrevido nunca a ponerle nombre, en ningún idioma, a esa amputación, a ese desgarramiento que se siente al perder al que ha salido de tus entrañas, al que has alimentado con tu propio cuerpo, al que has dado lo mejor de tu vida, al que es tu futuro. Es un dolor maldito. Por eso nunca he entendido el aborto. ¿Cómo puede una madre matar a su propio hijo? ¿Cómo pueden matarle dentro de su vientre, cuando es una bolita indefensa que sólo puede vivir por su amor, por el amor de su madre? ¡Dentro del vientre, además!, que está pensado como una barrera que les proteja del mundo, que les permita vivir casi sin que ella haga nada más que existir, aunque todo esté en contra. Les protege de todo, menos de ellas mismas. ¿No les duele? ¿No les duele como me duele a mí este dolor sin nombre? ¿No piensan, como pienso yo ahora, en todo lo que se perderán, en todo lo que no vivirán con él? No lo ven. No puede ser

que lo vean y que aun así lo hagan. Seguro que no ven que matan su propio futuro junto a ese niño.

¡Que me den a mí ahora a todos esos niños, a todos los que no quieren sus madres! ¡A mí, que tengo aún tanto amor que dar, que se me ha quedado ahí, coagulado y seco, y de repente sin objeto! ¿A quién le daré ahora ese amor?

Enterrarte ha sido lo más duro que he hecho en mi vida. Peor que verte morir, porque ya no podía compartir contigo ni siquiera el dolor. Dejarte allí, solo, desnudo, frío, herido, en un lugar donde yo no puedo estar. Y quedarme a este lado de la lápida, sola, desnuda, fría y herida, teniendo que vivir y que respirar cuando no lo deseo. ¿Qué peor castigo puedo tener? Todos lloraban menos yo, que en mi estupor no tenía ni lágrimas. Tus amigos y tus compañeros, los pocos que han venido a tu entierro, los que más lloraban. Me daban mucha pena, de verdad. Los jóvenes no entendéis la muerte de los jóvenes. Para vosotros es algo irracional, algo que no puede suceder, un cortocircuito en el sentido lineal de la vida. De hecho sé que tus otros amigos, los que no han venido, los que se han resistido a venir a constatar que te quedabas a ese lado de la lápida, están en sus casas negando tu pérdida o abrumados por ella. Hay que ser valiente para venir aquí a decirte adiós y a llorar ante tu tumba. Mucho.

He tratado de consolarles, pero lo único que he conseguido es que me rodearan llorosos y me abrazaran. ¿Sabes? No eras tú, evidentemente, pero eran también un poco tú, y su abrazo me ha hecho bien. No me lo esperaba, pero por un instante ocuparon, aunque no llenaron, ese agujero en medio de mi cuerpo. No sabes cómo lo agradecí, como agradecí sus brazos jóvenes rodeando mi cuello y sus besos húmedos en mis mejillas secas. No pude sino dar gracias porque sus madres no los hubieran perdido también, y pudieran estar conmigo.

Luego me han arrancado de allí, de la proximidad de tu cuerpo, y ahí me he roto, hijo mío, no pude evitarlo. Lloré mientras me iba, lloré como no había llorado nunca, lloré todo lo que no había llorado en este último día horrible en había sujetado las lágrimas porque no quería que me vieras llorar. Me he dejado traer a casa de mi cuñado como una sonámbula. Y si me hubieran enviado a doscientos kilómetros de distancia, también me hubiera ido. Un kilómetro o doscientos me daba igual, lo malo ya no es la distancia, lo malo es la losa de piedra que ahora mismo se interpone entre nosotros. Somos dos muertos separados por esa lápida, yo en este mundo y tú en otro.

Te he abandonado en el cementerio. En una tumba. Solo.

Ahora por fin mi hermana y mis amigas me han dejado sola a mí, en mi habitación. Tengo los brazos y el alma amoratados porque me han sostenido con tanta fuerza como si pensarán que me iba a caer, tragada por el suelo, hacia mi propia muerte. ¡Ay, hijo mío! ¡Cuánto dolor! Ellas lo saben, ellas me entienden, como también son madres pueden imaginarse por lo que paso. Sólo una madre puede. Me miraban y lloraban. No por mí. Ni por ti. Lloraban por ellas, con auténtico dolor de madre.

Pasa el tiempo tan despacio.

Mi hermana viene a verme cada media hora. O alguna amiga. Viene una, viene otra. Por si quiero sopa. Por si quiero una manta. Por si quiero más luz, o menos luz. Por si quiero dormir un poco. Lo que yo quiero es que el día de hoy no haya existido, que haya sido un mal sueño, un sueño horrible y espantoso. Pero no lo es. Lo sé porque, si lo fuera, el dolor ya me habría despertado. No, no se puede dormir mientras sientes ciertos dolores. No puedes dormir cuando estás de parto, y no puedes dormir cuando tu hijo muere. Entrar y salir de este mundo duele. Duele para los hombres, pero duele mucho más para las

madres de los hombres. Cada vez que un hombre entra o sale de esta dimensión, una madre grita.

Mi hijito, mi niño... Siempre serás mi niño. De hecho, es mi niño al que he dejado solo en esa tumba.

Mi niño destrozado.

Roto, herido.

Y no puedo ayudarte. No puedo ni llorar siquiera. En realidad sólo puedo estar aquí, sentada en el borde de la cama, dos días ya sin dormir. Dormirme me parece una traición a tu recuerdo, no quiero dejar de pensarte. ¡Me siento tan impotente! ¡Me sentí tan impotente cuando te vi morir, cuando te vi matar! No quiero dejar de pensar, pensarte es lo único que siento que puedo hacer ahora. No, no es cierto. También quiero rezar, quiero rezar por todos los hijos que aún están vivos y que no tienen a su madre para que rece por ellos. ¡Qué cosa tan terrible debe ser para un hijo saber que ya no está su madre para interceder por ellos! ¡Qué duro para una madre morir pensando que nadie rezará por su hijo! Sí, creo que desde ahora rezaré por todos los hijos de madre.

Me he debido dormir un instante y me ha parecido que mi cabeza tardaba una eternidad en caer sobre mi pecho. Me he despertado de golpe, sollozando, con el recuerdo amargo de la última vez que dormí. En cuanto sonaron aquella noche los golpes, como explosiones en la puerta de mi habitación, lo supe.

¿Cuántas madres habrán tenido ese mismo vértigo horrible con esos golpes en sus puertas, en la oscuridad?

¿Cuántas madres habrán sabido, nada más oírlo, que esa llamada era la campana que cambiaría su vida para siempre?

Por la noche siempre se siente una más vulnerable y, cuando lo inesperado te arranca de esa premonición de la muerte que es el

sueño, de alguna manera el sentimiento de fatalidad se expande por tu realidad como un líquido que lo empapa todo sin que puedas hacer nada por evitarlo. Cuando abrí la puerta y me encontré con tu amigo que, tartamudeando y angustiado, trataba de explicarme lo que yo ya había adivinado, le miré sin verle y le oí sin escucharle. No recuerdo ni una sola palabra de lo que dijo, pero supe lo que venía a decirme. Como lo supieron, y lo sabrán por desgracia, otras muchísimas madres a través de la historia: que a nuestro hijo, el de todas las madres, se lo habían llevado los soldados.

O la policía.

O la guardia.

O un accidente.

O un enemigo.

Siempre hay alguien o algo dispuesto a arrebatárnoslo en la noche, que es cuando el Enemigo, nuestro único enemigo, se siente más libre. Por eso en la noche rezamos con más intensidad. Siempre me pasó que, si me despertaba en cualquier momento antes del amanecer y no estabas en casa, pensaba que a lo mejor me necesitabas y me estabas pidiendo ayuda. Entonces rezaba, rezaba pidiendo a Dios que te ayudara allá donde estuvieras. Rezaba hasta caer rendida por el sueño, y entonces soñaba que iba a tu lado a ayudarte yo misma.

Nunca te lo dije, pero siempre sentí que te presentía, aunque suene extraño decirlo en voz alta. Quizás es que tus sentimientos eran muy fuertes y de algún modo los escuchaba. O quizás es que el vínculo entre una madre y un hijo crea lazos que no entendemos y que no se ven afectados por la distancia. O a lo mejor simplemente me lo inventaba. No lo sé, no estoy segura, pero nunca fui capaz de desoír lo que creía que pudiera ser una llamada tuya. Pero la otra noche

reconozco que estaba dormida, que no me desperté antes de los golpes en la puerta, que no sentí tu llamada. O quizás no me llamaste. Si no hubiera venido tu amigo a avisarme, a lo peor hubieras muerto sin que mi dolor te acompañara.

No quiero ni pensarlo.

Es verdad que en los últimos días lo cotidiano se había convertido en algo confuso: me decían que no estabas escondido, pero que no te dejabas ver mucho; que ibas de un lado a otro, pero sin quedarte demasiado en ninguna parte. Y además me habías hecho venir desde mi casa en el pueblo. ¡Mandaste a buscarme para que viniera a la ciudad! Eso ya tendría que haberme encendido todas las alarmas. Querías que estuviera aquí ¿Para qué?

Porque tú lo sabías ¿verdad? Sabías que ibas a morir pronto. Y querías que estuviera cerca cuando sucediera.

¡Ay, si yo te hubiera podido alejar de la maldad del mundo! Pero te sentías tan irremediabilmente atraído por ella como una polilla a una llama. Ahí donde había sangre, dolor, enfermedad, humillación, abandono, soberbia, muerte, ahí estabas tú, peleando con tus ansias de justicia. Siempre supe que, siendo hijo de quien eras, tu sangre se rebelaría ante todas esas cosas. Lo sabía, y nunca pude reprocharte los riesgos que corrías denunciándolas abiertamente ¿Cómo no te iba a alcanzar el mal, tarde o temprano? ¿Cómo no se iba a dar el gustazo de triturarte antes de escupirte a la muerte?

Porque te trituraron. Te mordieron. Te machacaron.

Lo sé. Lo supe esa horrible noche en que acudí a tu llamada muda. Me pegué a los muros de la prisión donde te encerraron, y pude sentir tu dolor en mi propia carne, saboreé tu sangre salada en mi boca, y oí el sudor y el odio de tus verdugos, ensañándose. No fui capaz de separarme de ese muro hasta que amaneció; tú estabas al

otro lado y me necesitabas. Sé que sabías que yo estaba ahí, que estaba con la cara pegada a él todas esas horas, sin llorar, acariciándote como cuando eras pequeño. Me presentías como yo te presentía, sí, esta vez no me equivoco. El muro se hizo transparente como una tela, nos permitió abrazarnos a su través y palpité con nuestro sufrimiento simultáneo. El muro de la prisión fue una premonición de la lápida que nos separaría al día siguiente.

Mi hijo. Mi niño. Gracias por convocarme a tu muerte. Si hubiera estado lejos, si no te hubiera sentido a través de ese muro, si no te hubiera visto morir, si no te hubiera enterrado, habría podido hasta dudar de si habías vivido. Después de este dolor sin nombre, no lo dudo: has vivido y has muerto.

Pobrecillos. Hoy han venido tus amigos con la excusa de visitarme y hacerme compañía, pero en el fondo sé que son ellos los que necesitan acompañarse unos por otros. Hablamos mucho de ti, les cuento historias tuyas, me preguntan por tu infancia. Parece que recordar tus cosas les hace bien y les tranquiliza. Creo que tu ausencia les desconcierta, y tu recuerdo les une. Y a mí, hablar de ti me sale solo porque es como pensar en voz alta, así que ganamos todos. Ellos me han contado sus planes, al principio hablaban del futuro con vergüenza como si no les estuviera permitido ante la madre del que ha muerto; pero luego me consultan y así me hacen partícipes de sus vidas. Es como si se me diera un poquito cada uno, y así pensarán que llegan a conformar una persona nueva que mitiga tu pérdida.

Pobrecillos. Lo intuyen y no se equivocan. Amarles por ti me calma el dolor. Es como si estuvieras un poco en cada uno de ellos.

No saben qué hacer. Se conocían a través tuyo, y ahora que no estás son como animalillos alejados de su madre, y se pegan unos a otros para reconocerse en su rebaño. ¡Ay, hijo mío! Te has ido, y no sólo noto tu pérdida sino que soy consciente de cuántos hijos sin

madre hay en el mundo. También seré su madre, no te preocupes. Ese amor sin objeto que me ha dejado tu ausencia lo canalizaré a todos estos.

Pobrecillos.

Ya me duele menos, hijo mío. Mi vida. Mi corazón. Creo que he pasado la prueba del dolor sin nombre. He conseguido no desesperar. He conseguido pensar en otros y no en mí. He cumplido con mi parte.

Ahora sé que sólo tengo que aguantar esta noche sin dormir y mañana por la noche dormiré tranquila.

Porque ya no habrá lápida que me separe de ti.

Porque estaremos los dos del mismo lado.

Porque me prometiste que al tercer día ibas a resucitar.

Fin